

Introducción

“Usted escriba un libro, y yo le escribo el prólogo”, me dijo hace algunos años Enrique de Gandía. Él ya no está con nosotros para darle un poco de brillo a este anecdotario. Por eso, en vez de disfrutar de un prólogo exquisito, vamos a tener que conformarnos, usted y yo, con esta introducción.

En la casa de Sara Contreras y mi maestro Enrique de Gandía, conocí a historiadores admirables. Allí, en La Lucila, tomé el té con Juan José Cresto, Armando Alonso Piñeiro, Laurio Destéfani, Carlos Dellepiane Cálcena, Eugenio Limongi, Roberto Elissalde y Osvaldo Luqui Lagleyze, entre otros. Los temas que tratábamos solían ser los habituales en cualquier reunión social. La diferencia era que en medio de estas conversaciones surgía alguna pregunta, y su correspondiente debate, acerca de Dorrego, Roca, Sobremonte o Colón. Y era un placer escuchar aquellos derroches de datos, fechas, anécdotas y conjeturas. El mismo placer que resulta de leer los trabajos que cada uno de ellos publicaron.

En aquel tiempo no me entusiasmaba escribir un libro, a pesar de las insistencias de don Enrique. Hasta que una charla de redacción me lanzó a esta aventura. Acabábamos de escribir con mi editor en la revista *Noticias* seis o siete páginas sobre el 25 de mayo de 1810. Mientras esperábamos que el texto regresara de la supervisión de los correctores, un grupo de periodistas hablábamos de nuestras notas. Roberto Caballero me dijo: “¡Toda la historia es una mentira! ¿Querés hacerme creer que había algún paraguas en 1810?”. No logré convencerlo de que estaba equivocado. Le recomendé que visitara el Museo Histórico Nacional en donde podía ver un paraguas de aquel año. Pero no hubo caso.

Como en el fútbol, la economía y la política, también en la historia siempre están los que conocen la verdad más verdadera. Y así surgen los clichés: “Belgrano era

homosexual”, “San Martín era cornudo”, “Colón vino a descubrir América con presos”, “Sarmiento faltaba al colegio”. Sin dudas, “tocar de oído” es un deporte nacional.

Roberto: los paraguas existían en 1810 en Buenos Aires y probablemente haya habido algunos en la plaza aquel 25 de mayo. Con seguridad fueron menos de lo que muestran las láminas escolares. Pero de allí a decir que es todo una mentira, hay un trecho.

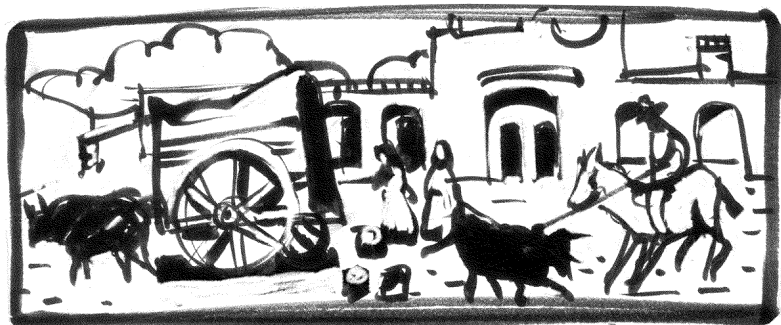
Lo bueno de aquella charla que tuvimos fue que descubrí las ganas de escribir esta partitura de alguna utilidad para los que “tocan de oído”.

En definitiva, espero que este libro se convierta en una extensa introducción a los libros que escribieron los historiadores que conocí en la casa de Sara y Enrique de Gandía.



Daniel Balmaceda
Buenos Aires
Abril de 2004

MAREA
EDITORIAL



En tiempos del Virreinato

1. San Martín: Duro de matar

Casi nos quedamos sin Padre de la Patria. En 1801, José de San Martín era un destacado teniente de 22 años del Ejército español. En medio de la guerra contra el invasor Napoleón, se le había encargado la misión de incorporar reclutas en Valladolid y llevarlos hasta Salamanca. Sus flamantes soldados debían marchar a pie, pero como él tenía su caballo, optó por pasar la noche en la ciudad y alcanzarlos al día siguiente. En esas horas combatió, no a Napoleón, sino a la soledad: parece que tuvo un encuentro romántico que le permitió olvidarse de extrañar a su novia Lola, quien vivía en Badajoz.

Cuando al día siguiente galopaba para reunirse con la tropa, en una zona boscosa y angosta del camino, cuatro bandidos lo interceptaron y le ordenaron que entregara su maleta. Pero el teniente San Martín, confiando en su habilidad marcial, desenvainó el sable.

En lucha desigual, los asaltantes hirieron al futuro Libertador en la mano y lo derribaron con una estocada profunda en el pecho. Convencidos de que agonizaba, tomaron la valija y huyeron. San Martín quedó tendido en el piso, con la impotencia de ver que se le iba la sangre y la vida. Pasaron horas. Cuando ya estaba inconsciente tuvo la fortuna de que pasara por allí el general español Francisco Negrete, quien rescató al malherido San Martín y lo depositó en un convento donde una monja lo cuidó durante varios días. Los bandidos le habían robado 3.350 reales que debía utilizar para pagar a su tropa.

No bien estuvo en condiciones, envió una carta al Rey (fecha el 6 de enero de 1802), para explicarle cómo había perdido el dinero y suplicándole que le perdonara la deuda. Alegó que se había separado de su tropa porque lo habían demorado algunos agentes de la Aduana.

A pesar de tan inocente pretexto, Carlos IV excusó a San Martín al considerar que, según los informes de sus jefes, era “un oficial de acreditado valor y conducta”. Lo que significa que, en lo que a economía se refiere, San Martín quedó en deuda con España.



2. Carlos de Alvear: El insoportable

Las fragatas *Medea*, *Mercedes*, *Fama* y *Clara* partieron de Buenos Aires rumbo a España el 9 de agosto de 1804. Al mando de la flota iba el gobernador saliente de Montevideo, José de Bustamante y Guerra. Lo secundaba el capitán de navío don Diego de Alvear, quien luego de veinticinco años en el Plata, regresaba a Europa casado y con ocho hijos. Don